

Avance de investigación

Prácticas electorales en Buenos Aires, 1912-1930

María José Valdez

El objetivo del presente trabajo es mostrar algunas de las líneas desarrolladas a lo largo de una investigación en curso sobre prácticas electorales en la ciudad de Buenos Aires en el período que se extiende entre la sanción de la ley electoral conocida como “ley Sáenz Peña” y el golpe de estado de 1930. Para ello, se entiende por prácticas electorales tanto al ejercicio del voto como a todo suceso vinculado a una elección: la campaña, la acción de los actores involucrados en la misma, la votación propiamente dicha, los escrutinios, y la mirada que sobre las elecciones construyen los actores involucrados. La idea central que se sostiene es que las prácticas electorales habrían constituido uno de los ejes del proceso de construcción de la ciudadanía.

*“Al establecer el sufragio secreto y obligatorio, la ley Sáenz Peña contribuyó a **constituir una ciudadanía**, no por mera agregación o ampliación hacia abajo, sino por una reformulación implícita de la condición de ciudadano. (...) la característica principal del sistema político tal como funcionara en las décadas anteriores a la reforma no había sido (...) el de la exclusión por abajo. Las bases de funcionamiento radicaban precisamente en el sufragio universal, que indujo a una organización política que combinaba la participación electoral de las capas más bajas de los sectores populares y el control de ese proceso por parte de sectores minoritarios que concentraban el poder político. La reforma minó las bases de ese sistema al cambiar el sentido del sufragio universal: ya no se trataba de que **cualquiera pudiera votar**, sino de que **todos debían hacerlo**”¹.*

La sanción de la ley electoral, que había sido delineada en el proyecto político de los reformadores de 1910 impuso (además de la representación de las minorías a través del sistema de lista incompleta) el voto obligatorio y secreto para todos los varones argentinos adultos. De esta manera, se definió efectivamente quiénes eran los ciudadanos estableciendo, a diferencia de la etapa anterior, un límite claro sobre la composición del cuerpo de votantes: todos los varones adultos que no estuvieran excluidos por motivos específicos debían votar. Esta transformación de los votantes en ciudadanos suponía un doble proceso: uno social, ligado a la educación y modernización de la sociedad; otro político, vinculado a la práctica del voto y a los partidos.

En este sentido, este proyecto apunta más que nada a entender la forma en que los partidos políticos contribuyeron a construir dicha ciudadanía a través de prácticas concretas ligadas al ejercicio del voto, y a través de la elaboración de discursos vinculados con su propia concepción del ciudadano. En este proceso los partidos

¹ Hilda Sabato: “La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”, en *Punto de Vista*, n° 39, diciembre de 1990, p. 28. El resaltado es nuestro.

políticos entraron en franca competencia entre sí, tanto en lo que refiere a sus prácticas como a sus discursos. Pero también, en la medida en que se hallaban insertos en la sociedad, contribuyeron a la construcción de redes de sociabilidad, a la difusión de hábitos, experiencias, valores, identidades y de imágenes sobre la política y la sociedad. Así, fueron una parte integrante y central en la construcción de la ciudadanía y la difusión de la cultura política porteña en el período 1912-1930.

Teniendo en cuenta esta serie de consideraciones generales, es necesario aclarar por qué se hace, en la presente investigación, eje en las prácticas electorales y no en lo que los partidos hacían en lo cotidiano. Creemos que la propia reforma electoral imprimió a las elecciones –en parte– un cambio de sentido, afectando la propia acción de los partidos. En tanto la reforma estableció la obligatoriedad, el cuerpo de electores se amplió significativamente; pero además, como se instauró el secreto para el ejercicio del voto (lo que suponía que los votantes de manera individual decidían su preferencia electoral, a partir de la implementación del cuarto oscuro y del sobre cerrado) la posibilidad de proyectar qué partido sería el triunfador era más difícil que en la etapa anterior. De esta forma, la incertidumbre por el resultado de la elección terminó ampliando la propia acción de los partidos antes de la misma². De esta manera la competencia entre partidos, que no era nueva, se habría transformado en una instancia clave en la definición de las preferencias electorales.

Es por ello que los mismos desplegaban todo su potencial en pos del objetivo del ganar la elección en el marco de las campañas electorales: se organizaban, realizaban

² En comparación con la vida electoral de la segunda mitad del siglo XIX Hilda Sabato, en su trabajo sobre la política en Buenos Aires en el período 1862-1880 señala que “*Los intentos por controlar los resultados electorales empezaban antes del día de la votación y continuaban después. Son conocidos los mecanismos de manipulación que se ponían en marcha para ‘preparar’ cada elección. Para las facciones en pugna se trataba, por una parte, de asegurar la designación de partidarios en las funciones clave (...). Por otra parte, se operaba en el registro cívico, discriminando en la inscripción, inscribiendo a los vecinos de una parroquia en varias y anotando a personajes inventados o muertos*”, en *La política en las calles. Entre el voto y la movilización: Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 91. Por su parte Paula Alonso, en un trabajo historiográfico sobre la política entre 1880 y 1910 ha indicado que “*...a partir de 1890, la seducción del votante en lugar de su coerción fue la herramienta más empleada durante la elección en lograr la movilización, y que todos los partidos desplegaron estrategias tendientes a incluir un mayor número de votantes en los comicios. Si bien no era el único momento de movilización pública ni la única inserción en la política, las elecciones fueron adquiriendo ciertas características relacionadas con la cantidad y naturaleza del votante y con la importancia del comicio, que las convirtieron en una de las principales formas de participación en la vida pública*”, en “La reciente historia política de la Argentina del ochenta al Centenario”, *Anuario IEHS*, nº13, 1998, p. 401. Pero igualmente, es necesario recordar que esta vida política porteña se daba, como ha mostrado el clásico estudio de Natalio Botana, en el marco de gobiernos electores que gestaban y controlaban el desarrollo de los comicios: “*Justificación o excusa para emprender sondeos provisorios, la cuestión del control electoral puede condensarse en dos tramos descriptivos. El primero sería el sitio de arranque de una serie de pasos cuyo propósito consistía en gestar el ‘fraude electoral’.* (...) *Siete momentos que culminaban con la producción del voto, tributarios, a su vez, de un segundo tramo de control donde permanecían instaladas las instancias que juzgaban el producto, es decir, las Asambleas Legislativas a quienes les competía decidir acerca del proceso electoral*”, en *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 4ta. ed. 1997, pp.177-178.

actividades, convocaban a la participación ciudadana, disputaban espacios de poder y simbólicos a través de la elaboración de discursos, en los que decían representar a la sociedad legítimamente, en tanto se *auto consideraban* el vehículo de canalización de intereses, reclamos y necesidades. Y estas prácticas movilizaban a la sociedad, no sólo a los futuros votantes, sino a aquellos que, por la letra de la ley, estaban excluidos del derecho a voto (por ejemplo, las mujeres y los extranjeros). En algunas ocasiones, estos grupos también participaban o eran convocados a la participación, por lo que su exclusión “formal” no necesariamente se correspondía con su exclusión “real”³.

Las campañas electorales y el ejercicio del voto mostraban dos aspectos que se conjugaban en la misma práctica política: por un lado, incorporaban la dimensión individual, en la medida en que el cuarto oscuro consagraba al individuo-electoral al momento de ejercer el derecho al sufragio; por otro lado, mantenían la dimensión colectiva, en tanto la organización de las campañas electorales involucraban a los individuos considerados como un conjunto.

Son estas distintas dimensiones del problema las que se pretenden abordar a lo largo de esta investigación. Sabemos que la cuestión de las prácticas electorales no agota el tema. No consideramos que las elecciones y las campañas electorales sean la única forma de intervención política *posible* luego de 1912; pero consideramos que se convierten en un elemento central para comprender las características que asume el proceso de la construcción de la ciudadanía durante el período en el cual la reforma electoral se puso en marcha, sobre todo en la medida en que la obligatoriedad del voto y la resultante ampliación del electorado obligó a magnificar los esfuerzos en su organización. En ese sentido, lo que se encuentra en la base de este conjunto de reflexiones y de análisis sobre las prácticas electorales es la relación entre los partidos políticos y la sociedad, considerando a la misma como una relación dinámica. En última instancia, lo que se pone en juego es la cuestión de la representación y el vínculo cambiante que se establece entre los sujetos a ser representados y sus posibles representantes⁴.

La ciudad de Buenos Aires y las elecciones

Buenos Aires y la importancia de la competencia electoral

La ciudad de Buenos Aires fue, desde el año 1880, convertida en la capital de la nación argentina. Sede del gobierno nacional (y, por ende, convivencia con las

³ En varias ocasiones los socialistas rescataban la presencia de las mujeres y los niños en las actividades de campaña (picnics, conferencias, etc.) como algo positivo. Esto puede verse tanto en la campaña presidencial de 1922 como en la de 1928. A su vez, la prensa radical felicitaba (en 1928) a ciertos grupos de extranjeros –como sirio-libaneses, griegos y judíos– que decidían organizarse para hacer campaña dentro de su colectividad en apoyo de Yrigoyen como candidato a la presidencia de la nación.

⁴ Para esta cuestión, véase Pierre Rosanvallon: *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, París, Gallimard, 1998; Raffaele Romanelli: “Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo”, en Salvador Forner (coord.): *Democracia, elecciones y modernización en Europa, siglos XIX y XX*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

autoridades municipales) era, al mismo tiempo, la ciudad económicamente más importante del país. Pero también lo era en términos de su población: a ella llegaban año tras año millares de inmigrantes provenientes de Europa, provocando el desarrollo de una sociedad de carácter aluvional, lo que generaba incertidumbre y sensación de amenaza a la nacionalidad dentro de los grupos intelectuales de la sociedad porteña⁵.

El crecimiento demográfico del distrito incidía en el crecimiento urbano: la ciudad comenzó, hacia fines del siglo XIX, a crecer materialmente. Y su mayor crecimiento se dio hacia la zona del oeste⁶. Este crecimiento casi ininterrumpido produjo el surgimiento y desarrollo de una sociedad, en el período de entreguerras, muy peculiar caracterizada –en palabras de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero– por una “identidad popular, conformista y reformista”⁷. Los elementos centrales que incidieron en su formación fueron la “argentinización” de los hijos de los inmigrantes a partir –fundamentalmente– de la escolarización, que los transformó en grupos más permeables a los discursos circulantes (sobre todo a los provenientes del Estado). A su vez, el proceso de movilidad social inaugurado ayudaba a que se constituyera la imagen de una sociedad abierta y móvil, que tendió a disgregar la imagen inicial de una sociedad contestataria, marcada por la identidad trabajadora de los sectores populares.

Era dentro de esta sociedad abierta y móvil en donde los partidos políticos desarrollaban su acción: a las actividades habituales ligadas a la incorporación de militantes y a la difusión de su ideario y sus prácticas, los partidos políticos aumentaban el número de tareas emprendidas cuando llegaba el momento de encarar el trabajo de la campaña electoral. Fueron justamente este tipo de tareas las que crecieron a partir de 1912.

Desde el instante mismo en que la ley electoral establecía que todos los varones adultos debían votar, era necesario ganar el favor de los mismos. Para poner sólo un par de ejemplos, mientras que el Registro Cívico de 1904 indicaba que el número de inscriptos para la elección de diputados era de 28.134 votantes, en 1912 el número de inscriptos en el padrón era de 126.303 y en 1928, 303.712⁸. En ese sentido, las

⁵ En relación a los temores que generaba el proceso inmigratorio y el problema de la construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX, véase Lilia Ana Bertoni: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

⁶ Sobre el crecimiento edilicio de la ciudad véase Adrián Gorelik: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

⁷ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

⁸ Analizando comparativamente el número de electores encontramos los siguientes datos: el Registro Cívico de 1864 contenía un total de 3634 inscriptos; el de 1872, 4606; el de 1878, 11340; el de 1895, 21217; el de 1897, 35271; el de 1901, 23660. Los datos sobre la evolución de inscriptos en el Registro Electoral fueron obtenidos de Darío Cantón y Jorge Jorrot: *Elecciones en la ciudad, 1864-2003*, Tomo 1 (1864-1910), Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2005. Los datos sobre el total de inscriptos en 1912, en *Las Fuerzas Armadas restituyen el imperio de la soberanía popular. Las elecciones generales de 1946*, Tomo I, Buenos Aires, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1946. Los datos de 1928 en *Memorias del Ministerio del Interior, 1927-1928*, Buenos Aires, 1928.

elecciones se transformaron en una competencia abierta entre partidos para acceder al favor del electorado. Para ello, ya no alcanzaba con las “máquinas electorales”, típicas del período anterior. A partir de entonces era necesario potenciar la capacidad de las mismas, su alcance y su trabajo. Al ampliarse compulsivamente el electorado, nuevas formas de organización de las “máquinas electorales” entraron en juego.

De esta manera, lo que cobró vital importancia fue la competencia electoral entre los partidos políticos que se presentaban en cada elección. Ahora bien: esta competencia, en la práctica, revelaba la existencia de divisiones políticas en el electorado e, indefectiblemente, las terminaba reforzando⁹. La propia competencia producía un juego en el que siempre existían “ganadores” y “perdedores”, pero era un juego aceptado como legítimo, en la medida en que se había convertido (ya desde la década de 1880, aunque con varias impugnaciones) en la única vía de acceso legítima al poder¹⁰.

En el desarrollo de la competencia, un lugar central lo ocupaban las campañas electorales. Era en ese período previo en el cual los partidos ponían los mayores esfuerzos para captar el mayor número de votos el día de la elección. De esta manera, la entrega de volantes entre los ciudadanos, la distribución de carteles y su pegatina, la elección de candidatos, las giras de propaganda, los *mitines*, los discursos, la crónica de las actividades, etc., eran actividades fundamentales que se convirtieron en **rituales** destinados a concentrar la atención de la población en torno a las candidaturas sostenidas por los partidos. Pero además, este tipo de actividades se potenciaban en un distrito en el que, como Buenos Aires, el peso de la opinión era central. Esto no quiere decir que la acción de la “máquina” deba ser minimizado sino que, por el contrario, su actividad se analizaba a la luz de la opinión.

De esta manera, el distrito elegido para la presente investigación adquiere gran significación. La ciudad en expansión -material y demográficamente- se convirtió en un ámbito en el cual (sobre todo en las zonas “nuevas” del distrito) la competencia electoral se volvía más fuerte: allí se encontraba el electorado que *había que ganar*, los posibles votantes de los cuales no se sabía su preferencia partidaria y que había que conquistar.

Las elecciones en Buenos Aires

Durante el período comprendido entre 1912 y 1930, se desarrollaron en la ciudad de Buenos Aires un total de 10 elecciones nacionales, distribuidas de la siguiente manera: 3 elecciones a presidente y vice (1916, 1922 y 1928), 4 elecciones a senador nacional (1912, 1922, 1924 y 1928), y 10 elecciones a diputados nacionales (1912, 1914, 1916, 1918, 1920, 1922, 1924, 1926, 1928, 1930).

⁹ En ese sentido, la propia práctica electoral mostraba la distancia que existía entre el espíritu de la ley, que suponía a los partidos como los legítimos representantes de la voz de la sociedad (entendida como un conjunto indiferenciado, sin cortes internos) y la realidad, marcada por la competencia y la rivalidad creciente entre los partidos participantes en cada elección.

¹⁰ La idea de que las elecciones y la competencia electoral se constituyeron en legitimadoras del sistema político se encuentra presente en el libro de Margaret Lavinia Anderson sobre prácticas electorales en la etapa del Imperio Alemán: *Practicing Democracy. Elections and political culture in Imperial Germany*, Princeton, University Princeton Press, 2000.

Los resultados muestran que la competencia electoral se dirimía principalmente entre el socialismo y el radicalismo, aunque estos últimos fueron logrando acrecentar su presencia en detrimento de los primeros a lo largo de la década de 1920. Las derrotas socialistas (aunque no necesariamente reflejasen un descenso en el número de votos obtenidos) mostraban su imposibilidad para consolidarse como la principal fuerza política en el distrito. La distancia más significativa entre ambos se dio en 1928, con la segunda elección de Yrigoyen para el cargo de presidente de la nación.

Algunas posiciones historiográficas han señalado que esto fue posible gracias al control que la UCR tenía sobre el aparato del estado: su posición de partido gobernante habría reforzado su capacidad para ganar las elecciones¹¹. Pero si consideramos el crecimiento demográfico de la ciudad, ligado a la imposición de la obligatoriedad del voto (lo que imponía a un amplio sector de la población el ejercicio del sufragio), podemos suponer que el control de la administración no garantizaba en nada las victorias de la UCR, al menos en un distrito en el que cobraba suma importancia el valor de la opinión. Sí aceptamos que, en cierto sentido, reforzaba el funcionamiento de la “máquina electoral”; pero no acordamos con que esto permitiera victorias automáticas para el radicalismo.

La normativa existente en relación a las elecciones establecía el funcionamiento de la Capital Federal como distrito único. El distrito se encontraba dividido en veinte circunscripciones, a su vez fraccionadas en un número de circuitos en función del tamaño de cada circunscripción. De esta manera, la circunscripción se convertía en el espacio en el cual la organización de la elección cobraba lugar. Los partidos políticos mayoritarios en la Capital Federal (el Partido Socialista y la Unión Cívica Radical), además de contar con un órgano distrital, se encontraban organizados internamente por circunscripciones, siguiendo la lógica de la división electoral de la ciudad. Así, el PS contaba con la Federación Socialista de la Capital en la cima de la estructura del distrito y los centros socialistas en la base; en lo que respecta al radicalismo, el Comité de la Capital y los comités de circunscripción¹². Así, los partidos tenían un grado de inserción territorial permanente en la ciudad, que se reforzaba con la apertura de comités o centros temporarios que se dedicaban específicamente a las tareas propias de la campaña electoral.

En ese sentido, es importante ver la cantidad de este tipo de comités que se inauguraban en el marco de las campañas electorales. Tomando como ejemplo la elección de 1928 (en función de la cantidad de sufragantes, 91,61% del total del padrón habilitado para hacerlo) entre los meses de enero y marzo el radicalismo puso en funcionamiento un total de 31 comités, subcomités y clubes dedicados de manera exclusiva a la campaña electoral¹³. Pero también puede corroborarse este

¹¹ Esta visión ha sido sostenida principalmente por David Rock: “Machines politics in Buenos Aires and the radical party, 1912-1930”, en *Journal of American Studies*, 4.2, 238-256. (traducción inédita del inglés: Ana Virginia Persello).

¹² Sobre la historia de los partidos y su organización, véanse dos clásicas lecturas: Walter, Richard: *The Socialist Party of Argentina 1890-1930*. Texas, University of Texas, 1977; Rock, David: *El radicalismo argentino, 1880-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

¹³ El porcentaje de sufragantes sobre el total de ciudadanos habilitados para votar ha sido obtenido de *Memorias del Ministerio del Interior, 1927-1928*, Buenos Aires, 1928. Los datos sobre el total de comités, subcomités y clubes temporarios, obtenidos de *La Época*, enero a marzo de 1928.

dato con la cantidad de conferencias de propaganda organizadas por los socialistas. Durante la misma campaña electoral, el PS organizó un total de 292 conferencias de propaganda, sólo entre febrero y marzo¹⁴.

En términos generales, la organización y coordinación de las actividades principales de la campaña electoral quedaban en manos del órgano central de cada partido, que a su vez, era el encargado de enviar la información a los centros y comités respectivos.

En el caso de los socialistas es en donde puede observarse un mayor grado de organización. Para cada elección, los socialistas organizaban la Gran Suscripción Electoral (que era el mecanismo tradicional para recaudar fondos para la elección) y el Comité Nacional Electoral, encargado de definir los lineamientos principales de discusión y las actividades centrales. A su vez, este era el órgano autorizado para la elaboración de los folletos y volantes de propaganda, y de los carteles que los centros se encargaban de difundir en su radio de acción. Así, en su reunión del 11 de enero de 1922 se reunió el Comité Ejecutivo del PS que, bajo las directivas del Comité Electoral, fijó el plan de propaganda oficial para la elección a realizarse el 2 de abril de ese año: *“El secretario general expone el plan de la campaña electoral proyectado conjuntamente con el tesorero y el secretario de actas, de acuerdo con las indicaciones del Comité. El plan comprende la propaganda escrita, oral y cinematográfica y un cálculo sobre el valor de la misma. Se aprueba”*¹⁵. A su vez, el Comité Ejecutivo determinaba la forma de elección de los candidatos por parte de los afiliados al partido: *“Asamblea local. Para realizarla se fijan los días 11 y 12 de febrero. En la primera sesión se elegirá el candidato a senador y en las sesiones siguientes los candidatos a diputados. Los afiliados deberán votar con el carnet de 1921, en las condiciones estatutarias”*¹⁶.

Luego de esta serie de definiciones generales, el grueso de la actividad quedaba en manos de los centros distribuidos en toda la capital. Eran ellos los encargados de la organización de las actividades de campaña en la circunscripción, de acuerdo con las directivas enviadas por el partido. Para ello los centros, a su vez, organizaban su propio comité electoral: *“Sección 1ª (Nuevos Mataderos) Arrecifes 6563. Asamblea el domingo, a las 8. O. del D.: A.B.C., renovación de la comisión administrativa, nombramiento del comité electoral y renuncia de un afiliado.*

*Sección 14ª. Carlos Pellegrini 456. Asamblea el martes, a las 21. O. del D.: A.B.C., movimiento de afiliados, renovación de la C.A., comité electoral”*¹⁷. De esta forma, el comité electoral de cada centro coordinaba y definía las actividades de propaganda que se realizaban en su respectiva sección electoral. En algunos casos, también podía coordinar acciones conjuntamente con los comités electorales de otras circunscripciones. En otras ocasiones, y en función del tamaño de la circunscripción, los miembros del comité electoral funcionaban, a su vez, como secretarios encargados de las actividades de los circuitos que formaban la circunscripción. Es decir que los socialistas llegaban al punto de organizar su campaña electoral en función del circuito electoral de la circunscripción, mínima división de la sección electoral correspondiente.

¹⁴ Los datos sobre el total de conferencias organizadas fueron obtenidos de *La Vanguardia*, febrero-marzo de 1928.

¹⁵ *LV*, 14 de enero de 1922.

¹⁶ *LV*, op.cit.

¹⁷ *LV*, 6 de enero de 1922.

Una vez definida la organización de la campaña, comenzaba a desplegarse el conjunto de actividades en la circunscripción. Las mismas consistían en el pegado de afiches y carteles en las calles del barrio, la distribución de folletos y volantes a los “ciudadanos” y, por último, la realización de conferencias en los puntos neurálgicos de la sección electoral, generalmente una plaza, una esquina concurrida o en la misma puerta del local partidario. Era la propia Secretaría General del partido la que se encargaba de la impresión de los carteles que contenían la plataforma electoral, y la que recordaba a los centros –de manera permanente– que no olvidaran retirar los mismos de la sede central. También era la Secretaría la que giraba a los centros de la capital las circulares en las que constaba la información sobre el desarrollo de la campaña, las actividades conjuntas y, sobre todo, las recomendaciones sobre cómo desplegar en la circunscripción las actividades de propaganda.

La exhortación a cumplir con las tareas de todo buen “afiliado” se convirtió en una constante a lo largo de las distintas campañas electorales organizadas por el PS. Así como los centros debían cumplir con las tareas, eran los afiliados los últimos encargados de participar activamente en cada actividad del partido, desde el ensobrado de volantes hasta concurrir a los actos públicos. Además, un elemento importante era la prédica a través del ejemplo: si los mismos socialistas no concurrían a las actividades organizadas por el partido, ¿qué se podía esperar del elector independiente? Pero al mismo tiempo, tanta insistencia en lo que debía hacerse mostraba cierto relajamiento en la actividad realizada, en la asistencia a las reuniones y en la organización de las actividades.

Era muy común que, a través de las páginas de *La Vanguardia*, se encontraran relatos que mostraban las dificultades con las que tropezaban los centros para la realización de sus asambleas o para la formación de su comité electoral. Así, un centro de la sección 14ª señalaba que “*Sección 14ª. Carlos Pellegrini 456. Asamblea el martes, a las 21. O. del D.: A.B.C., movimiento de afiliados, renovación de la C.A., comité electoral. Siendo esta en 3ª convocatoria, de acuerdo con el reglamento, se efectuará con el número de afiliados que concurran*”¹⁸. Las quejas también se expresaban por la falta de participación masiva de los afiliados en las elecciones internas para dirimir las candidaturas¹⁹.

Pero así como aparecían esta clase de observaciones, también se presentaban otras en las que a través del rescate de las acciones positivas, se traslucía lo que no estaba funcionando de manera correcta. Al señalar que “*En la 4ª de hierro. SOBRAN LOS PEGADORES DE CARTELES. ¡Como en los buenos tiempos del socialismo! (...) ¡Bien por los compañeros de La Boca!*”²⁰, indirectamente se estaba haciendo referencia a que existían algunos centros o compañeros que no estaban cumpliendo

¹⁸ LV, 20 de enero de 1922.

¹⁹ Así, *La Vanguardia* señalaba en una nota del 13 de febrero de 1922, sobre las elecciones internas realizadas en los dos días anteriores que “*Nos parece obvio hacer presente que las elecciones se realizaron con la precisión y el entusiasmo que ponen habitualmente los socialistas en las cosas del Partido. Lo lamentable es que muchos afiliados hayan preferido quedarse cómodamente en sus casas o pasearse por los parques y jardines públicos a concurrir a uno de los actos más importantes de la vida del Partido. Sabemos muy bien que muchos no concurren confiados en la corrección y en el acierto de los más entusiastas y perseverantes, pero...no hay que desertar del comicio, ni siquiera de los que organiza el Partido*”.

²⁰ LV, 20 de enero de 1928.

con su obligación. De esta forma, la distancia entre el ideal militante y la realidad se ampliaba cada vez más. Y eso se reforzaba en la medida en que las referencias a los “viejos” tiempos del socialismo parecían asociarse a una etapa en la que las actividades y la acción socialista parecía haberse correspondido más literalmente con el espíritu del partido.

Como señalamos anteriormente, una de las actividades principales desplegadas en la circunscripción eran las conferencias de propaganda y los mitines. Publicitadas con la suficiente antelación en las páginas de *La Vanguardia*, a las mismas asistían como oradores los candidatos a la elección, en primer lugar; en segundo lugar, dirigentes del partido que ocupaban cargos como diputados, senadores o concejales; en tercer lugar, miembros del propio Comité Ejecutivo del partido (que podían a su vez, ocupar cargos o no en la Cámara o en el Concejo Deliberante o ser candidatos). En lo que respecta a los temas, muchas veces figuraban nombres generales como “Actualidad política” o “La política del momento”, aunque en otros casos eran más específicos. Pero en uno y otro, el eje discursivo –acordado previamente– era el correspondiente a las directivas dadas por el Comité Electoral Nacional.

El acto que concitaba la mayor atención dentro de las filas socialistas era el gran mitin final, es decir, el acto de cierre de campaña. Generalmente consistía en una marcha organizada en columnas (cada una compuesta, a su vez, por las columnas formadas por los afiliados de los centros) que, reunidas una vez finalizados los actos de cierre en las respectivas secciones electorales, marchaban por las calles céntricas de la ciudad.

Durante la campaña electoral de 1922, el acto de cierre fue convocado para el día 30 de marzo. Ocho columnas (cada una de ellas compuestas por dos o tres sub-columnas) debía marchar, luego de la realización de un pequeño acto en el lugar de reunión prefijado –generalmente una esquina– para cada pequeña columna. Algunas veces el acto consistía en el discurso de alguno de los candidatos; otras veces, en un espectáculo musical. Finalmente, las columnas se concentraban y luego, “*Reunidas las columnas partirán guardando el orden establecido en el itinerario. Las ocho columnas desfilarán por Rivadavia, Sáenz Peña, Avenida de Mayo, Bolívar a Diagonal Sur, paso final de la manifestación*”²¹. En el caso de la campaña electoral de 1928, el acto de cierre consistió en la proclamación de los candidatos en el Teatro Coliseo, para luego marchar por las principales calles céntricas hasta la Casa del Pueblo²². Por su parte, los actos de cierre de los radicales también consistían en una marcha que, generalmente, finalizaba su recorrido en la calle Brasil, en donde tenía su domicilio Hipólito Yrigoyen²³.

Recorrer las calles centrales de la ciudad organizados en columnas era, claramente, una demostración de fuerza, tanto para propios (en tanto permitía reforzar

²¹ *LV*, 30 de marzo de 1922.

²² *LV*, 23 de marzo de 1928.

²³ En el caso de los radicales, el acto de proclamación de candidatos también solía finalizar con una marcha “espontánea” hacia el domicilio del viejo caudillo radical. Así, *La Prensa* señalaba el 4 de marzo de 1926 que “*Proclamaron anoche sus candidatos los radicales llamados personalistas. Hubo una gran aglomeración. El anuncio de la llegada de Yrigoyen hacía que la gente se apiñara más. Se proyectó una película con las gestiones del ex presidente quién llegó en auto y al retirarse, los manifestantes hicieron lo propio, movilizándose hasta su domicilio*”.

simbólicamente la firmeza del partido) como para ajenos, es decir, para quienes entraban en directa competencia con el partido. De ahí la importancia ritual que, en el marco de la campaña, tenían los actos y, en ellos, el asegurarse una concurrencia masiva, tanto de afiliados como de electores independientes.

En páginas anteriores señalamos que era en el marco de la circunscripción en donde los partidos desplegaban su mayor radio de acción, tanto durante los períodos electorales como en los no electorales. Al respecto, un dato significativo es la importancia que ambos partidos prestaban a tres circunscripciones en especial: la 1ª (Vélez Sársfield), la 15ª (San Bernardo) y la 16ª, (Belgrano), lindantes con la actual Avenida General Paz y las más grandes del distrito. Más alejadas del centro histórico, esas tres circunscripciones podían ser consideradas “nuevas”, tanto en lo que respecta a las condiciones de vivienda como a sus habitantes. En primer lugar, es significativo el crecimiento en el número de electores que se dio en estas secciones en el período estudiado, comparativamente mayor al que se observa en las restantes. El cuadro que sigue a continuación toma como casos algunas de las elecciones correspondientes al período 1912-1930. Los datos sobre la elección de 1928 corresponden a las últimas dos columnas del cuadro:

Desde nuestra perspectiva, es comprensible que la mayor parte de las actividades se realizaran en estas tres circunscripciones²⁴. En comparación con las del centro histórico de Buenos Aires, la 1ª, la 15ª y la 16ª no eran “de nadie”, es decir que en ellas no se podía suponer con anterioridad para qué lado podía inclinarse la balanza electoral. Al ser relativamente recientes, no existía un trabajo de base militante consolidado. De esta manera, la competencia electoral se potenciaba en dichas secciones. Era en ellas en donde se realizaban la mayor parte de las actividades de propaganda, sobre todo a lo largo de la década de 1920 (véanse notas 11 y 12).

Pero sí existía la posibilidad de construir redes y vínculos en estos nuevos espacios barriales. Así, el crecimiento de estos nuevos ámbitos barriales supuso el desarrollo de nuevos espacios de sociabilidad ligados a la instalación del comité o del centro socialista²⁵. Estos intentaron encauzar la movilización política de una sociedad urbana en crecimiento. Para ello, debieron multiplicar sus acciones y actividades. Es así como la acción política se proyectó hacia el ámbito de lo social, y ambas acciones fueron de la mano durante todo el período. En este sentido, la manera en que los partidos organizaron sus campañas electorales obliga a prestar atención al fenómeno del crecimiento urbano hacia el oeste en el período 1912-1930.

Este punto de análisis es también significativo porque muestra que el carácter colectivo de las prácticas electorales no se perdió por completo. Si bien el voto era efectivamente individual, todas las actividades previas –organizadas y realizadas en

²⁴ Esta apreciación no quiere decir, bajo ningún aspecto, que ambos partidos desatendieran la campaña en las restantes circunscripciones. Más bien, lo que se sostiene es que en Vélez Sársfield, San Bernardo y Belgrano la acción de cada partido era más significativa en comparación con circunscripciones cercanas al casco histórico de la ciudad.

²⁵ También fue importante el surgimiento y desarrollo de las sociedades de fomento, como espacios de gestión de los intereses locales frente a las autoridades municipales. Para un estudio sobre las Sociedades de fomento, véase Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, op.cit. También, véase Luciano de Privitellio: *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI editores Argentina, 2003, pp. 105-147.

el marco de la campaña- seguían manteniendo el sentido colectivo, tal como se habían desarrollado en la segunda mitad del siglo XIX. Estas prácticas eran necesarias para reforzar un aspecto central para los partidos involucrados: su capacidad de convocatoria les permitía medir su fuerza, en tanto se suponía que quienes participaban en estas actividades eran, en su mayoría, futuros votantes suyos. Así, se reforzaba el sentido de pertenencia a un grupo político, no sólo a partir de la difusión de las ideas, sino desde las mismas prácticas realizadas. Por ende, la cuestión de la construcción de la identidad partidaria también se ponía en juego en el marco de la campaña.

En este sentido, es interesante observar un ejemplo sobre la forma en que los radicales construían su identidad en este proceso. En 1928, en plena disputa con los radicales antipersonalistas, la UCR de tradición yrigoyenista acentuó su identificación con la figura del líder asociado, a su vez, a la nación. De ahí que la identificación entre radicalismo y nación se consumara en un solo paso: “(...) *patriota, es la personificación del sentimiento popular; Yrigoyen, político, representa la voluntad de la mayoría; Yrigoyen, jefe, es el programa de un sistema democrático de gobierno; Yrigoyen, argentino, es la virtud y el orgullo de sus habitantes*”²⁶. Si Yrigoyen representaba a la mayoría, también lo hacía la UCR, en tanto representaba la voz de la opinión: “(...) *Ha de comprender el diario mercachifle (en relación a La Prensa) que la UCR no necesita más mentores para sus actos que la opinión pública, a cuyas inspiraciones se ha sometido siempre, como que es carne y vida del país mismo*”²⁷.

Pero en esta construcción el “electorado conciente” también tenía un lugar, que era el de reconfirmar –a través del ejercicio del sufragio- la posición de un liderazgo indiscutido, por lo que la elección se transformaba en una mera formalidad: “*En estas horas ya bien definidas para el electorado conciente de la República, la prominente figura del Doctor Hipólito Yrigoyen surge, se destaca y culmina en el horizonte nacional, como la más legítima y pura gloria tribunalicia, símbolo egregio e inmutable de la democracia argentina (...) Y es que, en torno suyo, en comunión sublime de sinceros entusiasmos, desvelos y sacrificios, millones y millones de corazones que aman y custodian las tradiciones enteras y altivas del argentinismo, funden en un solo inmenso e incesante clamor, todas sus aspiraciones ciudadanas*”²⁸.

En estas construcciones identitarias un lugar central lo ocupaba la propaganda política. La propaganda, entendida como el instrumento a través del cual se despertaba la “conciencia del pueblo”, era expresado por el socialista Manacorda cuando sostenía que “(...) *Concurrimos a la elección presidencial no para conquistar posiciones públicas, sino para afirmar una vez más nuestros propósitos, nuestras aspiraciones y nuestros ideales. No concebimos la política como una lucha que tenga por objeto la conquista de un éxito inmediato (...) Tenemos por ella un concepto más alto y mejor. Para nosotros es antes que todo la tarea de propaganda e ilustración popular, la acción que tiende a despertar en el pueblo la conciencia de sus propias necesidades, que tiende a capacitarlo para la solución de los problemas*

²⁶ *La Época*, 2 de enero de 1928.

²⁷ *LE*, 19 de marzo de 1928.

²⁸ *LE*, 2 de enero de 1928.

que afectan a su vida y a su bienestar”²⁹. La intervención en la campaña electoral era entendida como una obligación, en la medida en que servía para enseñar y educar al pueblo en el camino que los socialistas se habían planteado desarrollar. Pero además era, por un lado, un derecho, en la medida en que el partido consideraba que su importancia numérica y su prestigio eran avales suficientes para ello; por otro lado, la acción de propaganda en el marco de la campaña era una instancia más dentro de la actividad desplegada a diario por los socialistas. De esta manera, la propaganda aparecía como una tarea loable en la política moderna, en la medida en que exigía del propagandista un entrenamiento y una preparación necesarios para darse a conocer y para dar a conocer el ideario del partido. Así, *“Cuando el país estaba por completo a disposición de la política criolla, la propaganda no significaba ningún peligro, por la sencilla razón de que no existía. Pero a medida que la concepción moderna de la política se va imponiendo a la prepotencia de los caudillos criollos, la función de propagandista se hace proporcionalmente difícil y sujeta a una técnica, que lo mismo exige ciertas reglas de salud física como mental. El propagandista moderno debe someterse a un entrenamiento metódico, si quiere salir sano y salvo de las giras de propaganda por el interior de la república (...) Pasaron, si no en absoluto, en proporción considerable, los hábitos de la acción subterránea o de comités que obraban a la distancia. Hoy los candidatos deben hablar en las esquinas y en las plazas, recorrer sus distritos o las provincias, no sólo para conocerlos sino para darse a conocer a aquellos cuyos votos solicitan. Ello impone un progreso*”³⁰.

Pero así como ambos partidos construían su propia identidad, también construían la de la sociedad que decían representar. En el caso de los socialistas, las referencias a quienes participaban de sus actividades remitía a una serie de categorías encadenadas. En primer lugar, se resaltaba la presencia de los afiliados; en segundo lugar, de los adherentes para, por último, hacer hincapié en los “ciudadanos educados”. Este tópico se manifestaba de manera permanente cuando se realizaban las crónicas sobre los concurrentes a los *mitines* o conferencias; concurrían la “familia” que escuchaba en silencio a los oradores y que, una vez finalizado el acto, se retiraba en el “mayor orden”.

Por lo que concierne a los radicales, las referencias son más vagas. “Millares de personas”, “una multitud” eran los términos comúnmente empleados para denominar al conjunto que acudía a las actividades realizadas por el partido. La sociedad era concebida como un bloque único, sin fisuras en su interior, y de esa forma se la interpelaba desde su principal órgano de prensa en la capital durante este período, *La Época*. En ningún caso aparecía la apelación al afiliado, categoría tan utilizada en el caso del Partido Socialista. La preocupación de *La Época* se centraba en mostrar un partido plenamente fusionado con la sociedad, y no un partido de cuadros: entre el líder y la “multitud” no existía la posibilidad de intermediación alguna.

Pero en la práctica concreta, en lo que respecta a la acción del partido, la realidad mostraba otros elementos que también cobraban importancia en la propia conformación de una identidad, complementaria a aquella en la que la UCR aparecía fusionada con la sociedad. La apertura de comités partidarios en muchos casos era

²⁹ *LV*, 5 de febrero de 1922.

³⁰ “La propaganda moderna. Exige un entrenamiento metódico”, *LV*, 23 de enero de 1922. El resaltado es nuestro.

realizada en función del lugar de nacimiento, de ocupación o de sexo, y se invitaba a participar a quienes correspondiera en función de dichos criterios. Así, “*Activos elementos del radicalismo de la circunscripción 17ª han tenido la feliz idea de formar un subcomité donde estén reunidas todas las fuerzas de los deportes para luchar por la candidatura presidencial del doctor Hipólito Yrigoyen*”³¹.

Pero al mismo tiempo, otro principio era tomado como eje para llamar a la participación en la vida pública: el criterio del “independiente”. La independencia definía una forma de participación basada en la adhesión a una opción partidaria que, en un determinado momento, parecía colmar ciertas expectativas. Por ejemplo, el Comité Nacional de Artistas y Literatos lanzaba, en marzo de 1928, un manifiesto en el que justificaba su adhesión al radicalismo personalista de la siguiente forma: “*El Comité Nacional de Artistas y Literatos se dirige a los artistas y literatos de todo el país y el pueblo en general, en una vibrante afirmación de su fe republicana y democrática e invítalos a incorporarse de inmediato a las filas de la Unión Cívica Radical que, con el doctor Hipólito Yrigoyen al frente, constituye la más fiel garantía para nuestras conquistas populares, para el desarrollo y el afianzamiento del derecho, para nuestra soberanía nacional*”³².

Este tipo de interpelaciones que se daban en el marco de los discursos nos obligan a pensar que, aunque los partidos construyeran una imagen determinada de lo que era la sociedad –en función de un conjunto de valores y de prácticas, sociedad a la que decían representar-, la misma no podía ni puede pensarse como única. Y que, por tanto, es necesario tener en cuenta este tipo de cortes y de diferenciaciones sociales para poner en juego estas mismas construcciones identitarias.

La política de masas imponía, en definitiva, nuevas reglas de juego para la acción de los partidos. Y, entre ellas, la propaganda electoral cobraba un nuevo valor y una nueva dimensión. En la medida en que era necesario llegar a un cuerpo electoral más numeroso, más distante; y en la medida en que la política –en una ciudad en constante crecimiento numérico- dejaba de realizarse “cara a cara” para ser cada vez más masiva, el cambio de escala en la actividad precomicial era evidente³³. Es por ello que sostenemos que, en un distrito como la ciudad del Buenos Aires –con todas las peculiaridades que hemos señalado al inicio del trabajo- en donde los resultados de una elección se proyectaban (o se intentaban proyectar) a nivel nacional, la mera acción de la “máquina electoral” era insuficiente. En ese sentido, lo que cobraba (y consideramos que sigue teniendo aún hoy) un valor significativo era la opinión.

³¹ *LE*, 14 de marzo de 1928.

³² *LE*, 13 de marzo de 1928.

³³ Como señala Raymond Huard en su análisis sobre las campañas electorales desde 1848 a 1914 en Francia, “*Los medios esenciales empleados por los candidatos siguen siendo la prensa, los carteles, los comités, las giras de candidatos y las reuniones. Sin embargo, la manera de utilizarlos evoluciona por una razón principal: es necesario llegar a un cuerpo electoral mucho más numeroso que en el pasado. Asistimos, pues, con respecto a la Monarquía de Julio, a un cambio de escala que sustituye a la política de notables: la política de masas (...) En conjunto, la campaña moviliza, antes que nada, a las masas (...)*”. Raymond Huard: “Las prácticas del sufragio universal en Francia entre 1848 y 1914. Avances pioneros, novedades provisionales, proyectos inacabados”, en Salvador Forner (coord.): op.cit., Madrid, Ediciones Cátedra, 1997, p. 61.

¿Cómo se formaba opinión en un distrito tan grande como Buenos Aires? ¿Cuáles eran los espacios en los que se discutía y se palpitaba el desarrollo de la campaña? Llegados a este punto, debemos rescatar, en primer lugar, la importancia que tuvieron los espacios barriales de sociabilidad en la difusión de discursos y de prácticas, en la creación de valores y en la formación de opinión. La respecto, las sociedades de fomento, los clubes barriales, los centros vecinales, etc., ocuparon un lugar privilegiado en ese proceso. Espacios no directamente vinculados a estructuras partidarias, pero que en la medida en que se encontraban insertos en los mismos espacios que los comités o los centros, mantenían contactos fluidos con ellos.

Pero también es necesario rescatar la importancia que, en la circulación de discursos, tuvo la llamada “prensa nacional”. Los diarios tuvieron un peso significativo en la historia de la lucha política en Argentina. Más allá de la importancia de los periódicos estrictamente partidarios, según Hilda Sabato la prensa fue una pieza clave en el sistema político surgido luego de la batalla de Caseros (1852), al considerársela la expresión y el origen de la opinión pública³⁴. En muchos casos las distintas facciones políticas fundaron sus propios órganos de prensa a partir de los cuales difundían sus ideas. Algunas de las publicaciones surgidas tuvieron un carácter transitorio; otras, permanente³⁵.

Entre las dos más importantes nacidas en la segunda mitad del siglo XIX encontramos *La Prensa* (1869) y *La Nación* (1870). Ligadas inicialmente a facciones políticas, rápidamente comenzaron a operar en un terrero más amplio, ligado a opinión “independiente”, con la intención de ayudar en su formación. Era en estos medios en los cuales el discurso político se desplegaba con mayor intensidad. En la etapa abierta a partir de 1912 podemos observar que, tanto durante los períodos en los cuales no había elecciones como en los de plena actividad pre electoral, los diarios destinaban una parte importante de sus páginas a registrar todas las acciones que realizaban los partidos³⁶: si hacían convocatorias a manifestaciones, si abrían comités o centros –y en qué secciones- cómo se dirimían las candidaturas, cuáles eran los conflictos internos, etc.

Además, era habitual que en las editoriales de los diarios se expresaran las opiniones de la dirección sobre el desarrollo de la actividad política, sobre todo en el período pre-electoral. En sus notas editoriales, los diarios se constituían en tribunas de opinión, y juzgaban la acción de los partidos que se hallaban inmersos en la lucha

³⁴ Hilda Sabato: *La política en las calles. Entre el voto y la movilización: Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

³⁵ Paula Alonso (op. cit.) señala que los trabajos de investigación de los últimos años han resaltado el valor de la prensa durante la etapa del ochenta al Centenario en tres sentidos: en primer lugar, como canales de mediación entre la sociedad civil y la política; en segundo lugar, trabajos que centran su atención en el estudio de los periódicos en los períodos electorales; en tercer lugar, un conjunto de estudios que se dedican al análisis de la prensa subrayando su función como órganos de facciones políticas en períodos no electorales.

³⁶ Tanto *La Prensa* como *La Nación* dedicaban diariamente una sección a la actividad política del momento. En los períodos de campaña electoral, dicha sección podía llegar a ocupar varias páginas. La información política se distribuía en función de los distritos electorales, concitando mayor atención, en primer lugar, los distritos electorales más grandes (por ejemplo, Capital Federal); en segundo lugar, aquellos distritos en los que se estaban realizando elecciones, sobre todo cuando las mismas (por ejemplo, las de gobernador) se realizaban de manera escalonada.

política. Por ejemplo, en una nota editorial el diario *La Prensa* sostenía que “*No se ve todavía en el campo de los partidos que se aprestan a disputar la renovación gubernativa, el propósito decidido de deponer rivalidades localistas y, más que todo, ambiciones despreciables por las consecuencias que ocasionan, para entrar de lleno y de firme en la acción cívica, con unidad que certifique la existencia de partidos orgánicos, y no de conglomerados amorfos y dispersos cuyos componentes campean en los hechos por sus propios intereses cada vez que aparece la perspectiva de una inmediata ventaja*”³⁷.

Si el objetivo de la lucha política -según la entendían los “tribunales de opinión”- era la acción cívica, para ellos la realidad mostraba que los partidos se encontraba aún muy lejos de ese ideal. Era constante en la prensa la crítica a la violencia (verbal y, sobre todo, física) que acompañaba el desarrollo de las campañas electorales. En ese sentido, los diarios se transformaron en espacios de denuncias de las “atrocidades” que cometían los competidores en cada campaña (y, fundamentalmente, de los desmanes radicales), en lugares en los cuales se criticaba la incapacidad manifiesta que mostraban los partidos en deponer los intereses particulares en pos del interés general. De esta manera, “*La propaganda partidaria acentuada con la proximidad de los comicios de abril es motivo para que se revele la insuficiente cultura democrática de ciertos elementos calificados de la población. En las últimas reuniones y asambleas han sido abundantes los incidentes, violencias de palabra y de hecho consumadas por elementos que no han logrado aún comprender el respeto que se debe a las opiniones ajenas...El triste espectáculo que ofrecen esos desmanes contribuye inevitablemente al desprestigio de la acción política*”³⁸.

Así, se observaba que la reforma electoral no había logrado revertir los vicios de la política argentina, en tanto la acción de los partidos no ayudaba en la construcción de una cultura democrática. Y para ello servían de muestra los relatos sobre las actividades de campaña y las elecciones que se desarrollaban en el interior del país. De esta manera, para algunas opiniones la ley, y para otras las mismas prácticas, eran las que estaban pervirtiendo el desarrollo de la política: así, la necesidad de salvar la democracia sería un imperativo que se iría imponiendo en los discursos a lo largo de la década de 1920.

³⁷ *LP*, 18 de enero de 1928.

³⁸ *La Nación*, 2 de marzo de 1928.

Cuadro comparativo del número de votantes de cada una de las circunscripciones de la Capital Federal en las últimas elecciones³⁹

Circ.	1916	1918	1920	1922	1924	1926	En actas	En sobres
1^a	5.635	7.712	8422	9912	10901	13007	25612	25612
2 ^a	4.365	5.326	8814	4557	8128	9057	11887	11856
3 ^a	3.159	10.654	11569	12322	12190	12512	16120	16119
4 ^a	8.168	9.498	10572	11563	11555	12359	14642	14642
5 ^a	8.386	7.047	8852	9918	10311	11296	15951	15946
6 ^a	6.403	7.438	8317	9800	9996	10798	14671	14669
7 ^a	5.764	6.408	7129	7889	7741	8020	10167	10167
8 ^a	7.201	8.079	8922	9963	9676	9889	11897	11893
9 ^a	6.701	7.497	7923	8483	8374	8757	10279	10279
10 ^a	3.380	3.809	4304	4976	4890	5119	6202	6200
11 ^a	2.809	4.129	4431	5168	5099	5372	6490	6490
12 ^a	6.667	7.462	8398	9421	9838	9869	10712	10706
13 ^a	6.423	6.872	7732	8610	8622	8529	12024	12021
14 ^a	5.766	6.236	7093	7794	7822	7904	12205	12204
15^a	4.958	6.342	7565	9267	10116	12047	25968	25955
16^a	6.209	7.131	8301	9357	9575	10585	20391	20391
17 ^a	5.613	6.539	7690	8637	8667	9287	14558	14551
18 ^a	9.420	10.490	11898	12829	12938	13557	16740(*)	17269
19 ^a	8.724	5.526	10419	11553	11478	11371	13471	13468
20 ^a	4.573	4.752	5320	6159	6373	6284	7210	7811
	125.124	142.789	161441	180221	184430	195619	(**)	278249

(*) Faltan los cómputos de dos actas consignadas.

(**) El total de las actas no puede conocerse hasta tanto no aparezcan las correspondientes a las urnas 1016 y 1017 de la 18^a circunscripción.

³⁹ Aquí se reproduce sólo una parte del cuadro aparecido en *La Época*, 4 de abril de 1928. El resaltado es nuestro.